

---

---

# LA CULTURA OCCIDENTAL Y LA FILOSOFIA HINDU

Comentarios con que Alberto Zum Felde, precedió una conferencia del  
Dr. Jinarajadasa, pronunciada en "La Casa del Arte"

Doctor Jinarajadasa, señoras y señores:

Parecería harto atrevimiento el mío, y censurable ligereza comentar en estas circunstancias la presencia del ilustre filósofo hindú que nos visita, y el significado que éste su viaje a las tierras del Plata puede tener para nuestra cultura intelectual. Y tal parecería, habiendo, en nuestro ambiente, quienes, por haber dedicado su vida al estudio y aun a la experiencia de las doctrinas teosóficas, podrían, con más propiedad, y autoridad que yo, hablaros del gran pensador que, en esta hora, frente a nosotros, las encarna, y del valor de su obra y de su acción magisteriales en el campo cultural de Occidente.

Pero me ha decidido a aceptar la tan honrosa cuanto ardua invitación para que precediera este acto de un breve comentario, la razón de que estas conferencias de Jinarajadasa, no van tanto dirigidas a los mismos afiliados de la Sociedad Teosófica y a los que profesan ya sus doctrinas, sino a la intelectualidad común de estos países, con la cual desea ponerse en contacto, a fin de suscitar en ella un más vivo interés y un conocimiento más cierto de las grandes concepciones espiritualistas de Oriente.

Siendo este viaje del eminente maestro hindú, más especialmente para nosotros, los profanos de la ciencia esotérica, para los que nos hemos formado en el seno de una cultura tan distinta a la de Oriente como es ésta de la Europa latino-germana—a la cual los americanos, no obstante nuestros pujos de independencia, perte-

necemos todavía —, y siendo su más cara finalidad suscitar nuestra atención profunda y hallar una respuesta en nosotros. — he creído oportuno que fuera uno de nosotros mismos, en representación tácita de nuestra común cultura intelectual, quien dijera, frente al claro mensajero de una arcana sabiduría, cuál puede ser la verdadera actitud de nuestra conciencia occidental y americana, ante las doctrinas que ha venido a exponer, y de las que él mismo es una encarnación viviente.

Ante todo, nada de literatura. Ya sabemos cuan fino poder sugestivo tiene sobre la sensibilidad de nuestros pueblos indolatinos la imaginación literaria; pero sabemos también cuán falaz y veleidosa es esa fantasía, que en el vuelo irreal de una imagen puede arrebatarnos a un estado de exaltación emotiva parecido a fe, para desvanecerse muy luego en el frío escepticismo de la razón crítica, como se desvanecen en el espacio nocturno las encendidas y fugaces nubes del poniente, o como en la normalidad de los trabajados días, se desvanece la embriaguez de las fiestas.

Muchos, del auditorio numeroso que concurre a estas conferencias de Jinarajadasa, se sienten atraídos ante todo, y casi exclusivamente, por una curiosidad imaginativa: Jinarajadasa es el misterio legendario del Ganges, con sus secretas iniciaciones, con sus ribetes de magia; la pagoda de los cultos milenarios cuya labrada piedra huele a mirra y a sándalo precioso, como el cuerpo de las bayaderas, con ele-

---

---

fantes blancos, hieráticos al borde de los estanques de loto: Jon rajadasa es la remota desnudez de los Vedas, donde la tierra tiene la encantada frescura de la primer mañana, la pureza translúcida de la primera luna saliendo del mar; el horror sagrado de las selvas del Ramayana, con su urdimbre de mitos gigantes, la enorme epopeya religiosa del Mahabharatha, enjambada de imágenes con el lujo de un maharajah seguido de su cortejo: Jinarajadasa es la hermética ciencia de los yogis extáticos, que hacen germinar las simientes en el cuenco de su mano esquelética y convertirse las varas en serpientes bajo el rayo negro de sus ojos; es la leyenda del Tibet enigmático, más allá de las cumbres del Himalaya, con sus arcanos anales de la Atlántida y la Lemuria con sus lamas sagrados, encarnaciones de Budha; es la transigración brahmánica de las almas, a través de los mundos ocultos; es la sapiencia clarividente de los Mahatmas invisibles, que inspiraron a la princesa Beavatsky, las páginas de la Doctrina Secreta...

Bien: pero es necesario abrirse paso a través de ese delicioso juego evocativo de la imaginación, para llegar, más allá de los prados amenos de la simple curiosidad profana de lo exótico y de la sugestión veleidosa del misterio, a la alta meseta despejada, donde soplan los rios vientos de la conciencia crítica; y hallándonos a solas con nuestro entendimiento, debemos discernir seriamente el contorno de nuestras ideas.

Hay un hecho, significativo sobre todos, que es preciso hacer constar en esta circunstancia porque ha de definir nuestra actitud crítica ante el filósofo hindú que escucharemos. Y es: que la conciencia intelectual de Occidente tiende a acercarse, por sí misma, cada vez más, y desde hace algunos años, a la filosofía mística de la India, de la cual se deriva, más directamente, la actual doctrina teosófica.

Pero, al hablar de conciencia intelectual de Occidente, no me refiero al movimiento teosófico, aun cuando es cierto que éste se extiende y gana adeptos en todos los países de origen europeo. El movimiento teosófico es como una invasión y conquista, por los ejércitos espirituales de la India, de partes del territorio cul-

tural de Occidente; es, en todo caso, aquella parte de la conciencia occidental que ha sido transformada por la influencia del pensamiento hindú. No es a este fenómeno de conquista espiritual a que me refiero, sino a otro fenómeno más profundo, de mayor trascendencia. Me refiero a la genuina conciencia intelectual de Occidente, no influenciada por la teosofía hindú, y que ha venido evolucionando por sí misma, independientemente, de modo espontáneo, en tal sentido que su posición actual está mucho más cerca de un punto de coincidencia con lo esencial de la teosofía, que lo ha estado en todo el curso de la edad moderna:

En efecto. Las expresiones más avanzadas del pensamiento actual, en los centros de mayor intensidad cultural de Europa—y en grado mucho menor, también entre nosotros—siguiendo el propio proceso evolutivo, se han alejado tanto del estado de conciencia intelectual del siglo precedente, cuanto se han aproximado a un estado de conciencia que tiene algunos íntimos puntos de contacto con el espiritualismo hindú, y que por tenerlos, se halla en estado de vibración propicia a una intuitiva comprensión, es decir, en una vibración simpática.

Del materialismo dogmático que imperaba en la ciencia y en la filosofía, al finalizar el mil ochocientos, nos hemos desplazado hacia un intuicionismo vital que viene acusándose y definiéndose desde Schopenhauer y Bergson hasta las más actuales manifestaciones del pensamiento crítico. El concepto determinista y mecánico de la evolución de la vida, que predominó y caracterizó nuestra cultura hasta hace algunos años, ha dejado el lugar, casi enteramente, al concepto de la vida como acción de las energías espirituales, que obran dentro de la realidad física, en un proceso evolutivo creador.

No es que el pensamiento occidental haya asumido formas semejantes a las indúes, ni más, precisamente, a las teosóficas; no, en las formas es donde se mantienen aún las grandes diferencias. Pero es obvio declarar que el valor esencial del pensamiento no está en las formas. Tanto no está, que Krishnamurti, el sabio hindú acerca del cual nos hablará esta noche Jinarajadasa, con el conocimiento profundo que

de ello posee—siendo como es, uno de los maestros de la teosofía, se ha apartado casi por completo, en sus más recientes conferencias, de todas las formas tradicionales y ortodoxas, por así decirlo, de la Doctrina Secreta. Sólo conserva su esencia, su espíritu. No es que niegue la verdad de aquellas formas, así al menos lo entiendo; prescinde de ellas por no creerlas necesarias a su enseñanza, infundiendo el alma de la doctrina en nueva letra, más apropiada al ambiente occidental en que opera, y, más que eso, respondiendo a la imperiosa demanda de los tiempos. Cada tiempo histórico requiere su palabra. Pero todas son idénticas en el espíritu.

Me he permitido esta leve insinuación acerca prueba en la comprensión del hecho que define Krishnamurti, porque ello nos sirve de mos. Lo que, esencialmente aproxima hoy la conciencia occidental a la teosofía hindú, es que ambas reconocen una esencia espiritual, a la Vida. Puede parecer poco y es mucho; es lo principal.

Diréis que la Religión Católica, por ejemplo, también es, por supuesto, espiritualista, y sin embargo es radicalmente opuesta a la Teosofía. Opuesta por sus formas—es decir, sus dogmas—a las formas de la Teosofía, habría que aclarar; pues, la teología cristiana en su esencia simbólica no es opuesta a la simbología esencial del hinduismo. Todas las religiones tienen la misma esencia; sólo que las Iglesias están identificadas con las formas dogmáticas del culto y no con los símbolos esenciales; son la letra que mata y no el espíritu que vivifica.

Pero nuestro actual espiritualismo filosófico—ajeno a todo dogma religioso—nos permite percibir la identidad esencial de la concepción teosófica de la vida, con la propia concepción a que puede llegar nuestra libertad intuitiva. Nuestro concepto espiritualista de la vida carece aún—es verdad—de formas mentales positivas—como las tiene la Teosofía;—pero estas formas positivas de la Teosofía no pueden ser ya un obstáculo a la comprensión intuitiva o, si queréis, a la simpatía mental entre ella y nosotros.

La diferencia mayor que, hoy por hoy, existe entre la Teosofía y el espiritualismo occidental,

consiste en que, mientras éste se mantiene en un plano de pura especulación metafísica, aquélla es una especie de ciencia positiva del espíritu puesto que ha hecho de la intuición un órgano de conocimiento experimental concreto en los planos extrafísicos de la vida. Lo que sorprende y recela en la Teosofía a la mentalidad euroamericana, es que aquélla tiende a constituir como un gran cuerpo de conocimientos concretos acerca de lo metafísico, tal como si se tratara de las ciencias físicas, objeto único de nuestro método experimental y límite de nuestro conocer concreto.

Sin embargo cabe indicar que no sólo la Filosofía occidental se ha acercado en estos últimos tiempos a lo esencial de la Teosofía, sino también la Ciencia, la misma ciencia positiva, que rompiendo el círculo vicioso del dogmatismo materialista en que estuvo aprisionada durante el siglo XIX, se ha encontrado, al profundizar libremente, frente a series de hechos nuevos, que plantean nuevos problemas para los cuales el viejo positivismo científico es insuficiente. Esto la lleva a coincidir en muchos puntos, y de modo sorprendente, con ciertas enseñanzas de la Teosofía, o, cuando menos, a no rechazarlas por absurdas o fantásticas, sino a admitirlas como hipótesis posibles. La brevedad que debe contener este comentario me impide detenerme en la exposición más analítica de esos puntos. Los pocos que en nuestro país están al tanto de los últimos problemas de la psicología, de la biología, de la físico-dinámica, podrán apreciar esas perspectivas a que aludo, mejor de lo que yo, que no soy profesor en tales materias, pudiera exponerles.

Mas, sea cual fuere la posición que, a priori, pueda adoptarse frente a la Teosofía, preciso es reconocer que ella se diferencia fundamentalmente de toda religión positiva—con las que suele confundirse—en que no se basa en la autoridad dogmática de una Revelación, como las religiones—sino en el propio juicio racional, y en la propia experiencia intuitiva del individuo.

Por lo demás, mi solo propósito al perfilar esta actual posición de nuestra conciencia occidental, se limita a constatar que la presencia de este filósofo hindú y su palabra, pueden ha-

---

---

Har en nosotros algo más que la superficial y pasajera satisfacción de una curiosidad intelectual, que no llega a interesar lo profundo de nuestra mente; pueden hallar en nosotros atención más seria, interés más agudo, resonancia más honda, puesto que tocan en lo vivo y palpante de nuestro propio problematismo espi-

ritual, y agita en nosotros ésas que Maeterlink llamaba "aguas negras y profundas, sobre las cuales reposa la fina corteza de la vida cotidiana".

A. Z. F.



Dibujo de Olga Berger